

La encantadora enemiga

El Dublín de 1921 —apretada tensión de espera en los nacionales, terror de los ingleses que la ocupaban, por la amplia red de espionaje irlandés y los ataques a los transportes de municiones—, el Dublín de "El delator", con sus nieblas, sus callejuelas cortadas, sus artesanos humildes detrás de los cuales puede ir disfrazado un peligroso cabecilla revolucionario, no es, como en la producción de John Ford, un ambiente, sino un mero telón de fondo para la historieta romántica escrita por John Balderston, Rose Franken y William Brown Meloney con el título de "La adorada enemiga (Beloved Enemy)". En español se califica a esta enemiga de "encantadora", que aunque no es la expresión fiel del espíritu del título, es un cumplido que cae muy bien a Merle Oberon, protagonista femenina de la susodicha historieta. Habiendo abandonado el "make-up" de mulata que luciera en "Folies Bergère" la inglesita de rasgos asiáticos aparece casi sin afeites: un brillo plateado en el cabello le inventa canas prematuras. Todo su encanto está en la ternura y en la feminidad que pone en retratar el amor de esa Lady Helen por un revolucionarlo descamisado: una ternura y una feminidad que parecen exclusivas de las mujeres en tiempos de rumba, como ella y como Kay Francis. Si al principio, aún no planteado ese amor, la heroína de "El ángel de las tinieblas" no alcanza la firmeza dramática que la distinguiera en aquella oportunidad, cuando el sentimiento se define la tenemos tan fina actriz como en sus mejores momentos de aquella película.

La historieta es romántica, y esto la obliga a todos los habituales convencionalismos indispensables toda vez que ella y él, bajo un sino desdichado, tienen la obligación moral de hacer suspirar a sus espectadoras. Pero el romanticismo va un poquito demasiado lejos y nos lleva hasta la muerte del héroe, producida después de una larga tensión que sufren tanto esas espectadoras como sus compañeros de sexo barbado —y con ello se hace creer al espectador desaprensivo que la cosa era más artística de lo que parecía.

Si no resulta así "La encantadora enemiga" —un film bien hecho, con ambiente, con excelentes intérpretes y con el cuidado clásico de todas las películas de Sam Goldwyn— es por culpa de ese triunvirato de escritores, no por culpa de los oficios de H. C. Potter, director novel que hace su "debut" con las mejores garantías de éxito: fluidez del relato, exactitud en los ambientes —ese mercado de Parnell habrá asombrado sin duda a muchos habitantes de Dublín que hayan visto la película—, emoción donde la necesita, y un cuidado de la labor desplegada por el jefe de "cameramen" Gregg Tolland que evidencia excelentes resultados en grandes primeros planos de la pareja romántica, en levísimos "flous" de las escenas campestres y en hermosos efectos de niebla que recuerdan ciertas escenas de "El delator". Sam Goldwyn —una de las cuatro o cinco miradas

certeras de Hollywood— lo habrá visto así, y es de esperar que confíe más recio material dramático en el futuro a este "metteur en scène" de Broadway, anteayer, y este aprendiz de técnica en sus "studios" durante ocho meses, ayer.

No sólo obligó Mr. Potter al fotógrafo a dar un rendimiento superior al acostumbrado —esa toma desde abajo del coche, mientras el "chauffeur" repara el desperfecto, así lo señala entre muchas otras— sino que se dio el lujo de introducir, con arrogancia desusada en un director nuevo, algún recurso de sugestión librado enteramente al sonido, como esa voz de "él" que se oye, repitiendo las frases de la carta que "ella" lee. Cuando le llegue el momento de no tener que manejar a estos héroes revolucionarios que sueñan burguesamente con su casita de campo en Galway y con criar caballos y cerdos, o estas "ladies" que por una pasión repentina se exponen a girar moralmente en descubierto o a movilizar toda una brigada policial, el novel conductor ha de brindarnos seguramente una película totalmente lograda desde el punto de vista artístico.

ACTORES DE ROMANCE

No sólo Merle Oberon y Brian Aherne —que repite ese galán bohemio, soñador, un poco irónico con el cual han aprendido a consagrarlo los aficionados al cine, dotándolo esta vez de algún gesto de desprecio a los soldados ingleses totalmente nuevo en su repertorio— sostienen el interés del romance. Las figuras que se contraponen a ellos afirman, por contraste, el interés del mismo para el espectador, marchando a la cabeza de ellas Jerome Cowan, el amigo encargado de matar al traidor Dennis y que se suicida luego de cumplir su misión; Karen Morley, que vuelve a encontrar justos e impresionantes acentos dramáticos para sus cortas escenas; Donald Crisp, el implacable cabecilla revolucionario, y David Niven —adorador de Merle Oberon en la vida cotidiana, y en el "film": en la primera con éxito completo y en la segunda con fracaso absoluto. Todos ellos, excepto Jack Mulhall, que "flirtea" con la cámara haciéndole ojitos, seguramente para ver si ésta se enternece y lo destaca por fin de los papelitos sin consecuencia, constituyen un block interpretativo diestramente manejado.

Un solo reproche cabría hacer a Mr. Potter dentro de su cuidado del detalle y de sus primores de ambiente: la heroína y el galán aristocrático van vestidos a la última moda, pese a que el asunto se desarrolla en 1921. El director ha debido así rendir tributo obligado a una de las convenciones en que Hollywood incurre más a menudo, por el prestigio revisteril de sus "estrellas".

R. A D.

Mejor película de la semana: "LA ENCANTADORA ENEMIGA"